

»Otros tres oficiales se habían erigido en jefes particulares con independencia de las dos juntas, obrando cada uno por su propia autoridad seguido de un corto número de partidarios y sin la menor preocupación de los planes y demás que pudieran hacer los otros: éstos eran el coronel Chapalangarra, hombre de un carácter muy violento; el general Pedro Méndez Vigo, de gran familia, pero de opiniones muy extremadas, y el general Francisco Milans, oficial animoso de buenos sentimientos pero de cortos alcances. Divididos entre sí por la discordia, la envidia, los celos y la ambición, y dispuestos á emplear sus armas de preferencia contra sus propios amigos que contra el enemigo común, esos ciegos exaltados, principiaron su empresa, que ofrecía peligros inmensos, abandonándose con un gran aturdimiento á sus ilusiones, creyendo que el pueblo español los esperaba por todas partes anhelando su llegada para saludar sus insensatas aventuras como grandes empresas destinadas á salvar la patria, para sostenerla y coronar su estuerzo con un éxito universal.

»Y, sin embargo, ese país estaba todavía cubierto de partidas de fanáticos voluntarios realistas, y se encontraba ese pueblo rendido por el despotismo que lo aplastaba con su mano de hierro y con la más fría é impasible violencia. Tan pronto hubieron los refugiados principiado á agitarse, el rey publicó un decreto sanguinario,—1.º de Octubre,—contra «la fracción incorregible de rebeldes» á fin de purgar para siempre el país de gente tan descabellada. Decíase en el artículo segundo del mismo: «que todos aquellos que prestasen, no importa que clase de socorros á los insurgentes, incurrirían en la pena de muerte; que aquellos funcionarios que, en el caso de una invasión de revoltosos no advirtieran inmediatamente á las autoridades superiores, ya fuese por mala voluntad ó por negligencia, serían castigados con la pena de muerte ó con la de seis años de prisión en un castillo y multa de mil ducados; que todo asilo dado á un rebelde y toda correspondencia seguida con un emigrado, tendría por consecuencia un castigo no menos ejemplar; en fin, que toda conspiración ó agitación en el seno del pueblo en el interior, entrañaría la pena capital y que se castigaría de dos á ocho años de prisión en un castillo á todos aquellos que pusieran negligencia en denunciar las conspiraciones.

»Estas temibles ordenanzas tuvieron por inmediata consecuencia llenar de nuevo los calabozos de desgraciadas víctimas. Las gentes activas y celosas veían en todas partes gentes sospechosas; el deseo

de venganza y la sed de sangre, que apenas acababa de verse satisfecha, despertáronse de nuevo en la multitud brutal é inculta. Todos los ciudadanos tranquilos estaban llenos de espanto y veían con indignación las temerarias é irreflexibles empresas de los emigrados, sin exceptuar á los liberales constitucionales que esperaban que el cambio de la ley á la sucesión del trono produciría reformas pacíficas y una era mejor.

»El único que de este estado de cosas tenía una idea vaga, era Mina; así, al llegar á la frontera, se detuvo lleno de aprensiones, esperando que del interior de España llegara á él un signo de simpatía; por estas vacilaciones fué después calificado de traidor. Naturalmente, quien menos recursos tenía fué quien se mostró más dispuesto á arriesgarlo todo; Chapalangarra pasó el primero la frontera sin que apenas le siguiera nadie. Encontrándose con algunos realistas dirigióse lleno de confianza á ellos para persuadirles á que se juntaran con ellos, y como se dejó prender, aquéllos lo pasaron por las armas sin forma de proceso.

»No intimidó ese triste principio á los demás jefes. Valdes entró de segundo,—13 de Octubre,—con siete ú ocho mil hombres en Navarra, cerca de Urdax. Este ejemplo decidió á Mina, que le siguió, y habiéndose apoderado de la villa de Vera, fueron allí á reunirse algunos partidarios, entre ellos López Baños y Jauregui; ahora bien: las dos partidas adictas cada una de ellas á una Junta distinta, operaban separadas como dos cuerpos de ejército distintos, como si perteneciesen á dos potencias diferentes.

»Cuando se acercaban á los pueblos huían las gentes; así Mina, obrando conforme á su temperamento, esto es, mejor como guerrillero que como general, dirigió en persona un reconocimiento hasta las alturas de San Marcial cerca de Irún en donde sus gritos de libertad no encontraron ningún eco. Durante la ausencia de Mina, el virey de Navarra, Manuel Llauder, sacó de dentro de Vera al pequeño ejército del general, y forzó á la partida de Valdes á abandonar sus posiciones y á repasar la frontera.

»Mina vióse entonces obligado á escapar, lo que hizo aprovechando las veredas y senderos de la montaña que tan bien conocía, luchando contra el furor de los elementos y contra los sabuesos que la gente del campo soltaron contra él. Oculto con solos tres compañeros, no escapó, según la leyenda, á los hombres y perros que le perseguían, sino gracias á una cabra montesa que les distrajo; lo proba-

ble es que un oficial que le seguía sus pasos le dejó el camino libre para que pudiera escapar.

»Sólo en Cataluña fué San Miguel el ejemplo de la concordia, uniéndose para operaciones comunes con el brigadier Chacón y el coronel Grases que obraban en nombre de la Junta de Gibraltar. Pasó con ellos la frontera y penetró en Aragón: pero careciendo de hombres y recursos, tuvo que regresar á Francia, sin haber siquiera visto á los realistas.

»Milans separóse de esas partidas, hizo por su parte la entrada en Cataluña pasando por la Junquera: Gurrea y Plasencia, por su lado, habían penetrado en Aragón en donde Ramón Rodil que mandaba á los realistas se opuso con una energía tal á los insurgentes que éstos tuvieron que buscar su salvación en los Pirineos. Al mismo tiempo un cierto Rodríguez, llamado Bordas, á la cabeza de solos setenta hombres habían aclamado la libertad en Galicia, cerca de Orense; pero después de haberse hecho batir, no pudo escapar á sus enemigos sino seguido de cuatro compañeros.

»Permitió el deplorable resultado de esas empresas fácilmente al gobierno francés restablecer sus relaciones con España cediendo á los deseos de la corte de Madrid, que pedía que fueran internados los emigrados. Pero en desquite, hubo de sufrir el gabinete de París que se le reprochase en la tribuna como una ignominia el haber abandonado á los emigrados después de haberles llamado á su lado, reproche que le fué dirigido por los amigos de Lafayette que éste apoyaba mejor que no los contradecía.

»Durante este tiempo la Junta de Gibraltar acechaba la ocasión de atacar el orden establecido en las provincias meridionales. Torrijos envió agentes á Algeciras para enterarse del estado de la opinión pública; pero fueron presos y fusilados. Más tarde trató él mismo de hacer un reconocimiento: durante la noche del 28 al 29 de Junio de 1831, desembarcó con doscientos hombres cerca de la Aguada inglesa; pero hubo de retroceder desde luego delante de los realistas que tuvieron aviso de su llegada, buscando de nuevo un refugio en Gibraltar.

»Tres semanas más tarde obedeciendo á un plan concertado, una partida de insurgentes apareció,—21 de Febrero,—cerca de los Barrios proclamando la Constitución de 1812; otra, mandada por Salvador Manzanares, antiguo ministro del gobierno revolucionario, se presentó cerca de Getares y tomó el camino de la Serranía de Ronda. Estos dos movimientos se enlazaban con el plan ideado para llevar á Cádiz en donde su gobernador, Antonio de

Hierro, fué asesinado por los conjurados el día 3 de Mayo. Habíanle querido arrastrar á la conspiración y como no se había podido conseguir esto, se tuvo la idea de secuestrarle. Pero unos cuantos exaltados y poco escrupulosos interpretando mal las órdenes dadas, le dieron dos puñaladas, sembrando con esto el espanto y terror en los dos campos.

»Los gaditanos estaban por el rey desde que éste se les presentó favorable á su petición de convertir á Cádiz en puerto franco. Así, pues, en vez de la sublevación que se esperaba ver estallar tras dicho asesinato, lo que reinaba en la ciudad era una calma angustiosa: los burgueses continuaron en sus casas, y el pueblo guardó silencio, mientras por su parte los conjurados procuraban ocultarse.

»Durante la noche del 3 de Marzo, la brigada de marina de San Fernando se pronunció y arrastró á dos compañías de la guarnición de Cádiz que estaban en la isla; pero ese movimiento no encontró eco en ningún lado. Así tan pronto los realistas avanzaron contra ellos, los soldados de marina abandonaron la isla,—4 de Marzo,—y se fueron á Tarifa en donde pensaban juntarse con Manzanares á quien creían en dicho punto. Durante varios días estuvieron vagando por el país; luego pensaron en su retirada, pero fueron detenidos cerca de Veiger por Vicente Quesada, capitán general de Sevilla, quien acababa de correr á marchas forzadas á su encuentro para obligarles á entregar las armas, lo que hizo, logrando escapar sólo algunos jefes.

»Manzanares que había visto á la Serranía de Ronda levantarse contra él y los suyos, tuvo que arrojarse por escapar á las ásperas alturas de la Sierra Bermeja, en donde los combates y las disensiones redujeron su partida á veinte hombres. En el distrito de Benchavis, encontró á unos pastores, á dos hermanos, á quienes ofreció dos mil duros si querían llevar una carta á Marbella y procurarle un barco para escapar en dicho punto. Lo que hicieron los dos pastores fué denunciar á la policía de Igualaya lo que se les había encargado y seguir á su encuentro guiando á los realistas. Cuando uno de los dos pastores designó á los voluntarios realistas á Manzanares, éste le dejó muerto en el acto sufriendo igual suerte él mismo, pues el otro hermano le pegó al mismo momento un tiro. Los demás compañeros de Manzanares, en número de diez y seis, subieron todos al patíbulo.

»Quesada, que en tiempos de la Constitución, había sostenido la causa del rey, cuando poca gente estaba por él, adquirió desde entonces, en su esfera actual de acción, una mejor reputación por los ser-

vicios que otras veces había prestado, tratando á los vencidos con la mayor dulzura y procurando favorecerles en cuanto estuvo en su mano. Sin embargo, no le era imposible impedir que de nuevo se constituyeran los consejos de guerra, y que éstos no funcionaran activamente en todo el país,—19 de Marzo.—En sus manos el decreto de primero de Octubre se hizo un arma terrible, y el rey aumentó aun el carácter terrible por una nueva ordenanza, 10 de Mayo;—según la cual, tribunal alguno podía proceder contra delator alguno de crímenes contra la seguridad pública, cualquiera que fuese el resultado de sus delaciones.

»Quedaban, pues, por tanto, entregados los liberales á los caprichos de todos sus enemigos privados y de todos los realistas fanatizados. Los procesos relativos á esos asuntos se terminaron con la más grande prontitud posible. En Madrid, un cierto Juan de la Torre fué acusado,—22 de Marzo,—de haber dado gritos en favor de la libertad; siete días después moría ahorcado. Una carta en la cual el librero Myar se quejaba á uno de los emigrados de las persecuciones que estaban á la orden del día, fué abierta en correos y costó la vida á su autor. En Granada, María de Pineda, joven viuda animada de sentimientos patrióticos, fué entregada á la muerte porque había bordado una bandera para los constitucionales. Dícese que Calomarde había enterado al

rey de la nueva táctica de los liberales, que consistía en ganar á las mujeres á sus intereses: se quiso, pues, hacer un ejemplo para intimidar á las otras.

»La cosa más ignominiosa pasó en las provincias meridionales cuando ya habían terminado esas sangrientas escenas. Los terribles sectarios del *Angel exterminador* resolvieron, en sus reuniones secretas, tender un lazo á Torrijos. El gobernador de Málaga, Vicente González Moreno, hizo escribir por un coronel á un amigo de Torrijos, diciéndole: que todas las tropas de los alrededores eran hostiles al gobierno y que se pasarían á él tan pronto desembarcare. Después el mismo coronel se presentó en Gibraltar, para concertar con Torrijos un plan de operaciones. Cuando éste, acompañado apenas de setenta hombres, se acercó durante la noche del treinta de Noviembre en dos barcos valencianos, fué espiado por los pataches que le recibieron á tiros, persiguiéndole hasta la costa de Málaga, en donde Moreno le hizo prender con toda su gente,—5 de Diciembre,—siendo algunos días después todos fusilados,—11 de Diciembre.—Encontrábanse entre las víctimas personas de gran consideración, tales como Manuel Florez Calderón, Juan López Pinto, antiguo gobernador de Calatayud y hermano de Ignacio Pinto, Francisco Fernández Golfín, antiguo ministro de 1823, el inglés Body y otros.—GERVINIUS.»



## CAPITULO XLII

### CAIDA DE LOS TORIES EN INGLATERRA

**H**ODÍA Inglaterra dejar de sentir la sacudida de París? no, ciertamente; lo único que se podía esperar era que allí fuese el movimiento más moderado á pesar de la situación siempre tirante de Irlanda y del estado angustioso de la industria y de la agricultura, porque al fin Inglaterra era un país de libertad y los pueblos regidos liberalmente gozan, digámoslo así, de un coeficiente de dilatación, del que carecen los pueblos reaccionarios, por cuya razón se producen las inevitables roturas al querer ensancharse.

Claro está que los primeros efectos habían de ser sensibles. Ya hemos indicado que estábamos en la época en que se cumple una de las revoluciones más transcendentales de nuestro siglo, revolución que los siglos venideros colocarán al lado de la revolución política que conmemoramos ó sea la de 1789, y que en Inglaterra, que precedió á todas las demás naciones en la obra de la transformación del trabajo manual en trabajo mecánico, no había de presentar carácter distinto del que presentó en los otros países, pues los obreros no sabían ni podían ver de momento más que la reducción de brazos y el aumento de producción en favor del patrono, de aquí que también en Inglaterra fueran ahora las fábricas las que pagasen culpas que no tenían; pero en esta obra de destrucción se envolvió á los establecimientos agrícolas, pues por la densidad de la población inglesa y lo in-

grato de su suelo, la cuestión agraria está siempre abierta en la Gran Bretaña. Gervinius, que nunca pudo olvidar sus antecedentes, no vió en estos movimientos más que el desahogo del vil populacho.»

Habíase seguido por todas las clases en Inglaterra la lucha sostenida por la prensa contra Polignac con el mayor interés, y sus triunfos parecían triunfos de la opinión inglesa, lo cual no dejaba de ser un síntoma peligroso para la administración tory. Así, cuando el triunfo coronó la obra de la prensa, en todas partes surgieron comités para socorrer á las víctimas de la revolución, ó asambleas, de las que salían diputaciones para ir á felicitar á los parisienses por su valentía, y ya es de suponer con qué espíritu regresarían luego á Londres esas diputaciones.

Había en la atmósfera de la Gran Bretaña algo que necesitaba un fuerte calmante sino se quería que se condensase y produjera un cataclismo. El partido liberal, aun los más moderados se sentían agitados por la idea de que Polignac arrastraba á Wellington, idea de la cual también participaba el duque, por cuya razón tan pronto se inició la crisis francesa en su estado agudo, para Wellington era ya indudable el advenimiento de los orleanes; en lo que se equivocó fué, en que las cosas fueran tan de prisa y tan bien para la nueva dinastía, por cuya